

La Península Ibérica, Europa y la modernidad (1955-1975)

FEDERICO MARTÍNEZ RODA

Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad Cardenal Herrera

The Iberian Peninsula, Europe and Modernity (1955-1975)

RESUMEN

En este artículo se aborda la modernización, principalmente económica, de los dos países ibéricos. Se pone de manifiesto las similitudes del proceso: regímenes autoritarios anticomunistas y pro-occidentales, crecimiento económico acelerado tras el paso de la autarquía a la planificación indicativa, dificultades de relación con la CEE; así como la gran diferencia: la actitud ante la descolonización, con resistencia militar por parte de Portugal y ausencia de ella en España. Para concluir con la paradoja de que, en 1975, ambos países contaban con una distribución de la población activa similar así como con un gran incremento de la población urbana. La guerra colonial, junto con la mayor concentración económica privada, las mayores desigualdades sociales y la menor renta per cápita, contribuye a explicar que en Portugal de produjera una ruptura con el régimen anterior, mientras que en España se iniciaba con éxito la transición política a la democracia.

PALABRAS CLAVE

Oliveira Salazar, Franco, Comunidad Económica Europea, Autarquía, guerra colonial, Planes de Fomento, Planes de Desarrollo, emigración, tercera oleada democratizadora.

ABSTRACT

This article addresses the modernization, mostly economic, of the two Iberian countries. It shows the similarities of the process: anticommunists and pro-Western authoritarian regimes, accelerated economic growth right after the end of autarchy, difficult relations with the EEC, and also the differences such as the attitude towards decolonization where Portugal, unlike Spain, enforced military resistance. Important to mention is that by 1975, both countries had a similar distribution of the labour force and both had a large increase of the urban population. The colonial war, together with a bigger private economic concentration, greater social inequalities and lower per capita income, helps to explain why Portugal breaks with the previous regime while Spain starts a successful political transition towards democracy.

KEY WORDS

Oliveira Salazar, Franco, European Economic Community, Autarchy, colonial war, Development Plans, Growth Plans, emigration, third wave of democratization.

Hace ya diez años dos historiadores, uno portugués y otro español, se planteaban la siguiente pregunta: ¿Existe una Península desde la perspectiva de los sistemas internacionales de los siglos XIX y XX?. Ellos mismos se contestaban y decían que «la respuesta es afirmativa»¹. Y aseguran que es afirmativa porque desde 1807 la Península Ibérica era percibida como un conjunto desde el punto de vista estratégico desde las capitales de las naciones más poderosas pero, sobre todo, porque ha existido un desarrollo histórico en gran medida paralelo, lo que no quiere decir que «no concurrieran factores originales significativos»². En este desarrollo paralelo «pocos períodos históricos ilustran mejor la existencia de la Península como entidad operativa en el sistema internacional y la importancia de éste en la evolución interna como el de la segunda posguerra»³.

Precisamente, en este desarrollo paralelo se llegó desde el autoritarismo a la democracia en el segundo quinquenio de los años setenta del siglo XX. Éste ya es un rasgo peninsular de coincidencia si se acepta como modernización una de estas dos concepciones de democracia: «una la entiende como un estadio inamovible en la perfección a la que se habría llegado a finales del siglo XX (Francis Fukuyama), la otra como un proceso en continuo perfeccionamiento con respecto al reparto de bienes (C. B. Macpherson)»⁴. En 1976 y 1978 Portugal y España, respectivamente, aprueban sus constituciones políticas parangonables a las del resto de países europeos a los que querían homologarse.

Veinte años antes, ambos países estaban gobernados por regímenes autoritarios surgidos en el periodo de entreguerras y, dada su afinidad, sus máximos dirigentes, Francisco Franco y Antonio de Oliveira Salazar, decidieron firmar, en 1942, el Pacto Ibérico, que alejaba viejos recelos y cuyo contenido tranquilizaba a las partes. Independientemente de la política exterior de cada uno de los gobiernos firmantes: Portugal claramente aliada a Reino Unido y España debatiéndose entre la neutralidad y la «no beligerancia» favorable a las potencias del Eje, el pacto garantizaba la estabilidad de la Península Ibérica.

Ambos regímenes, preocupados por su supervivencia después de la Segunda Guerra Mundial mostraron una gran ductilidad a la hora de adaptarse al nuevo orden internacional cuya principal característica fue la bipolaridad de la Guerra Fría. «Al contrario de lo que había sucedido con anterioridad, tanto Portugal como España no tienen la tentación de permanecer neutrales en el nuevo conflicto que comienza a diseñarse, ni existe la posibilidad de que ambos terminen en campos

¹ TELO, A. J. y TORRE, H. de la: Portugal y España en los sistemas internacionales contemporáneos, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 2003, pág. 354.

² Los autores aclaran que «el problema del iberismo es completamente diferente y no tiene absolutamente nada que ver con el ámbito teórico abordado en estas páginas». Aclaración que el autor de este artículo asume por completo.

³ TELO, A. J. y TORRE, H. de la: *Op Cit.*, pág 347.

⁴ VILANOVA, M.: «La democracia liberal en el siglo XX» en *Historia del Mundo Contemporáneo. De la Revolución a la Globalización*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2010, pág. 104.

opuestos»⁵. Aunque no eran regímenes democráticos, coincidían con sus aliados occidentales en el anticomunismo de ahí que a mediados de los años cincuenta ambos estaban integrados en las alianzas occidentales: Portugal fue firmante del Tratado de la Organización del Atlántico Norte (OTAN) en 1949 y España estableció un vínculo privilegiado con los Estados Unidos a través de los Acuerdos de Amistad y Cooperación en 1953.

El hecho de que Portugal, con su régimen autoritario encabezado por Oliveira Salazar, se incorporara sin ningún problema a la OTAN hasta el punto de ser miembro fundador y recibiera la ayuda del Plan Marshall era la consecuencia de su permanente amistad con el Reino Unido. Sin embargo, la situación de España cambió pues desde una condena expresa de la Asamblea de la Organización de Naciones Unidas se pasó al vínculo mencionado con los Estados Unidos. La clave de la explicación está en la evolución que había sufrido la escena internacional después del golpe de Praga y del Bloqueo de Berlín, en 1948, que ponían de manifiesto el carácter expansivo de la Unión Soviética. La contención del comunismo auspiciada por el presidente Truman, la Guerra Fría al fin y al cabo, provocó un cambio sustancial de la política de Estados Unidos con respecto a España en el que prevaleció el valor estratégico de la Península sobre la naturaleza del régimen español, claramente no homologable a los demás democráticos.

Los hitos de este camino resultaron muy significativos: el establecimiento del comunismo en Checoslovaquia coincide con la apertura de las fronteras pirenaicas por el gobierno francés, al año siguiente un jefe de estado visita España por primera vez desde la guerra civil de 1936-1939, se trataba del rey Abdúlá de Jordania, en 1950 el Congreso de los Estados Unidos acuerda la concesión de créditos a España y, finalmente, el 4 de noviembre de 1953, gracias a los votos de las repúblicas iberoamericanas, los países árabes, algunos países europeos occidentales y los Estados Unidos, la ONU revoca la resolución condenatoria de 1946. Dos años más tarde, el 15 de diciembre de 1955, la Asamblea General vota favorablemente el ingreso de España en la ONU.

A partir de este momento la situación exterior de España y Portugal es muy similar: ambos países tienen unos regímenes autoritarios no homologables con el resto de países europeos occidentales, sin embargo gracias a su anticomunismo probado forman parte de las alianzas militares aunque no exactamente del mismo modo. Tras la independencia de Marruecos en 1956⁶, el Departamento de Estado de los Estados Unidos, que ya desde antes veía a la Península Ibérica como una unidad estratégica, ordenó al embajador estadounidense en España, Cabot Lodge, que comunicara al gobierno de Franco que el gobierno de su país «deseaba

⁵ TELO, A. J. y TORRE, H. de la: *Op. Cit.*, pág. 348.

⁶ En abril de 1956, el cambio de actitud del gobierno francés con respecto a Mohamed V cogió por sorpresa al gobierno español, además la rápida concesión de independencia por parte de Francia, dejaba el Protectorado español sin soporte legal por lo que se aceptó la nueva situación si más, y España concedió también la independencia al norte de Marruecos.

que se invitase a Portugal para participar en las conversaciones de Madrid con motivo de la proyectada visita de la misión militar (...)Las conversaciones se limitarían a los conceptos estratégicos en términos amplios y el papel de Portugal en esta defensa, que se ceñiría a las zonas de interés mutuo hispano-portugués».⁷

En este contexto internacional se estaba produciendo una expansión económica sin precedentes por su amplitud en un conjunto de países: entre 1950 y 1972 las tasas de crecimiento sostenido de los países occidentales en su conjunto se acercaba al 5% anual, en Japón más del doble, de manera que el mundo occidental aparecía como un conjunto de prosperidad en un sistema internacional bipolar corregido por el surgimiento del «Tercer Mundo». En 1956 la Conferencia de Bandung será un hito muy importante hacia la asunción por la ONU de los postulados de la descolonización y la consiguiente promoción de la independencia de las colonias. Esta política iba a ser muy perjudicial para Portugal, no así para España que tras la concesión de la independencia a Marruecos, apenas contaba con dos colonias de escasa entidad en Guinea y en el Sahara occidental, de hecho se produjo «un cierto viraje en el discurso oficial del franquismo, con el abandono de la retórica colonialista y la búsqueda de la vinculación con la CEE»⁸.

LOS ICONOS DE LA MODERNIDAD

Tras superar la reconversión industrial de la posguerra, en el conjunto de Europa Occidental se asientan las bases de lo que años después se llamó «sociedad de consumo», que venía acompañada del *Welfare State*. La creciente demanda de bienes de consumo durante estos años, que coinciden con el *Baby Boom*, y el abaratamiento de las materias primas favoreció la industrialización y, en consecuencia, el diseño industrial que también alcanzó los mayores límites que se habían conocido hasta el momento, hasta tal punto que los productos se convertían en iconos de la modernidad. Todos los países contribuían en mayor o menor medida: el mueble escandinavo, con el sillón *Swan* de Arne Jacobsen, los electrodomésticos y automóviles de Alemania y Francia, o el diseño italiano con la máquina de escribir *Olivetti* o la olla eléctrica *Necchi*, ambas de Marcelo Nizzoli, por no citar el incombustible *Fiat 600*, proyectado por Dante Giacosa.

No fue necesario definir la «modernidad», había una percepción de que lo «moderno» era precisamente contar con los objetos que estaba produciendo la audacia creativa que se daba en Occidente. En el aspecto social se puede afirmar que, debido a la pujante producción industrial de los años cincuenta y sesenta, los

⁷ MARQUINA BARRIO, A.: *España en la política de seguridad occidental (1939-1986)*, Ediciones Ejército, Madrid, 1986, págs. 627-628.

⁸ SESMA LANDRIN, N.: «Europeísmo y dictadura. Apuntes sobre la relación luso-española a partir del discurso europeísta en el franquismo y el salazarismo». En *Portugal y España en la Europa del siglo XX*, Fundación Academia Europea de Yuste, 2005, pág. 243.

cambios que se produjeron en la vida cotidiana fueron considerables, se podría decir que se sentaron las bases del modo de vida actual. En estos años aparece la televisión, las casas se pueblan de electrodomésticos y surge el fenómeno de la obsolescencia programada, por el que los objetos de consumo deben ser repuestos con cierta rapidez, fundamentalmente porque «se pasan de moda», y serán los publicistas de las empresas los encargados de convencer a los clientes de que los nuevos productos son mejores y más «modernos» que los anteriores.

Esta modernidad fue asumida por los dos regímenes autoritarios ibéricos y el modelo indudable era Europa occidental. Dado que sus vínculos con los demás países occidentales no eran por la afinidad de los regímenes políticos sino por necesidades de defensa, según Telo, «el ámbito de la defensa acabará siendo la vía principal para la modernización de las economías, para la importación de tecnología y para el acceso a la financiación de la zona del dólar»⁹. Además, en esa Europa occidental se produjeron dos acontecimientos que iban a obligar a los dos países ibéricos a adaptarse a la nueva situación: la firma del Tratado de Roma por el que se creaba el Mercado Común Europeo, en 1958; y el *aggiornamento* de la Iglesia católica como consecuencia del Concilio Vaticano II, iniciado en 1962.

LA MODERNIDAD EN CLAVE DE CONVERGENCIA

La creación de la Comunidad Económica Europea obligó tanto a España como a Portugal a adaptarse a la nueva situación aunque por distintas razones: España por su estructura de la balanza de pagos y Portugal por su desencuentro con sus tradicionales aliados (Estados Unidos y Reino Unido) como consecuencia de su conflicto colonial. Portugal tenía en Gran Bretaña su principal comprador y en Estados Unidos su principal proveedor, en parte como consecuencia del Plan Marshall, de ahí que sus decisiones en el ámbito del comercio internacional estaban muy influidas por lo que hiciera el gobierno británico. Cuando se crea la EFTA Portugal se integra en esta zona de libre cambio auspiciada por el Reino Unido. En cualquier caso, los dos regímenes políticos ibéricos interpretaban la «modernización» en clave de convergencia, y dado que la convergencia política tenía obstáculos insalvables se centraron en la económica, hasta el punto de desarrollar políticas claramente inspiradas en las que se practicaban en Europa occidental, en concreto los dos gobiernos peninsulares estaban muy atentos a la planificación indicativa.

Portugal en ese camino hacia la convergencia que suponía la modernidad tropezó con un escollo que no se dio en España: el imperio colonial. Mantener las colonias fue la gran opción del régimen salazarista y desde 1961 embarcó a Portugal en una guerra de trece años en tres lugares diferentes muy alejados entre sí. El anticolonialismo cada vez más generalizado y el fortalecimiento del «Tercer

⁹ TELO, A. J. y TORRE, H. de la: *Op. Cit.*, pág 350. Si bien es cierto que esta afirmación es mucho más ajustada para Portugal que para España.

Mundo» aisló a Portugal y desvió una enorme cantidad de recursos económicos y, sobre todo, humanos del desarrollo de la «modernización», de ahí que en Portugal fuera más incompleta que en España. El pragmatismo de Franco facilitó una mejor adaptación «a los grandes cambios que experimentaron las sociedades occidentales en la década de los sesenta» porque como afirma Hipólito de la Torre:

«Tras la salida de Marruecos por el final del Protectorado el fenómeno colonialista en España es superficial- e incluso superfluo- tanto en el franquismo como en la propia sensibilidad de la opinión pública, que se mostró bastante indiferente a ese tipo de ideologías imperialistas desde la Segunda Guerra Mundial».¹⁰

Sin embargo, al contrario de lo que ocurría en el gobierno español, «Salazar siempre vio con reticencia el proceso europeísta, contemplado desde una perspectiva de divergencia de los verdaderos intereses nacionales de Portugal que se volcaban hacia ultramar».¹¹

La modernización no sólo se manifiesta por la percepción que de ella se tenga, incluso en ocasiones se produce a pesar de los propios gobernantes porque como todo nuevo logro a veces se concede, en muchos casos simplemente se extiende y en otras ocasiones se arranca. Pero también puede ocurrir que haya rasgos de la modernización que no está en manos de nadie en concreto como ocurre con los procesos demográficos. Entre 1955 y 1975 España y Portugal entran en un proceso de modernización demográfica tanto desde el punto de vista del crecimiento vegetativo como de la distribución de la población activa por sectores económicos a los que dedican su actividad. También en el aspecto demográfico el proceso conducía a una estructura de la población semejante a la europea occidental, con la salvedad de que países como Alemania, Francia, Bélgica y Suiza recibían inmigrantes que procedían de España y Portugal.

LA MODERNIZACIÓN DEMOGRÁFICA

Colin Clark entendía que una manifestación de la modernización económica consistía en la transferencia de población activa del sector primario o agrícola al secundario o industrial y terciario o de servicios. Entre 1950 y 1971 la reducción porcentual de población activa en España es verdaderamente impresionante: de 5.271.037 de agricultores y ganaderos se pasa a 3.492.700, mientras que el total de la población activa pasaba de 10.621.828 en 1950 a 12.847.200 en 1971, es decir del 49,6%, prácticamente la mitad de la población activa en el sector primario, se pasa al 27,1%, es decir cerca de una cuarta parte. Entre tanto, el número de activos en la industria pasa de poco más de dos millones y medio a casi cinco mi-

¹⁰ TELO, A. J. y TORRE, H. de la: *Op Cit.*, pág. 352.

¹¹ JIMÉNEZ REDONDO, J. C.: «Salazarismo y Política exterior», *Stud. Hist. Cont.* nº 21, 2003, pág. 164.

lones, 4.881.926, lo que quiere decir que hasta la crisis de 1973 el número de activos en la industria era el mayor de los tres sectores (27,1% Agricultura, 37,5% Industria y 35,4 Servicios). Todo ello combinado con un proceso de emigración a la Europa más desarrollada que se ha cifrado en tres millones de habitantes.

Las cifras de Portugal ofrecen otros resultados por una emigración todavía más intensa. Entre 1958 y 1974 se calcula que salieron de Portugal 1.020.651 emigrantes legales y en torno a medio millón de clandestinos, que marcharon a países europeos en su mayoría, especialmente a Francia¹²: en 1970, un 73%. También salieron de España más de dos millones de emigrantes, pero al tratarse de una población cuatro veces mayor, unos 32.000.000 de habitantes, el impacto fue menor. De hecho, España incrementó su población permanentemente durante la segunda mitad del siglo XX. Portugal, no. Como consecuencia directa de este proceso de emigración que afectó intensamente a población menor de veinte años¹³, la evolución demográfica sufre un retroceso en los años sesenta: de los 8.851.289 habitantes según el censo de 1960, se pasa a 8.568.703 en 1970, lo que supone una disminución del 3,2% en esta década. El cambio de signo se produce como consecuencia del final de las guerras coloniales en 1974 que ralentiza la emigración, sobre todo la ilegal, y produjo un efecto de repatriación de población procedente de las colonias que llevó a que la población, según el censo de 1981 alcanzara los 9.852.841 habitantes, es decir la década de los setenta, a pesar de la pérdida de población hasta 1973, concluye con un incremento del 15%.

A pesar de un proceso tan diferente, España y Portugal a finales de los años sesenta tienen una estructura de la población por sectores económicos bastante parecida. Según Eloy Fernández Clemente «en 1969 la población agraria portuguesa era el 31,5%, la industrial el 35,5% y la de servicios el 33%, cifras muy semejantes a las españolas»¹⁴, de ahí que a pesar de «tratarse de una década profundamente afectada por las guerras coloniales de África cuyos reflejos no tuvieron un efecto visible en la mortalidad (...) los datos relativos al comportamiento demográfico de Portugal muestran una modernización y una mejora global de las condiciones de vida entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la década de los setenta»¹⁵.

La modernización demográfica se completó con una urbanización creciente: en 1970 el 77% de la población portuguesa vivía en núcleos de más de cinco mil habitantes y el 47% en ciudades de más de 10.000 habitantes. Lisboa se convertía en una importante conurbación.

¹² MARINHO ANTUNES, M. L.: «Vinte anos de emigração portuguesa: alguns dados e comentários». *Análise social*, nº 30-31, 1970, pág. 316.

¹³ MANUEL NAZARETH, J.: «O efeito da emigração na estrutura de idades da população portuguesa». *Análise social*, nº 46, 1976, pág. 340.

¹⁴ FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: Problemas y ritmos de la modernización económica peninsular en el siglo XX», *Ayer* nº 37, 2000, pág. 204.

¹⁵ ROSAS, F.: *O Estado Novo*. Volumen VII de *História de Portugal*, Editorial Estampa, Lisboa, 1994, págs. 419-420.

En España también creció la población urbana. A finales de los años setenta de los 37 millones de habitantes, 27 millones vivían en ciudades de más de 10.000 habitantes, es decir más del 70%, lo que indicaba que se había urbanizado con una intensidad muy superior a los demás países europeos, más todavía, el hecho de que ese crecimiento se produjera en ciudades mayores de 100.000 habitantes le daba mayor originalidad al proceso ya que el desarrollo urbano en España creció a un ritmo superior al desarrollo industrial y, en general, al desarrollo económico, lo que llevó a decir a Chueca Goitia lo siguiente:

«Lo que es el verdadero signo de nuestro tiempo es ese formidable crecimiento de los grandes centros urbanos antes desusado porque el avance demográfico general era mucho más lento y porque ese plus demográfico no lo absorbían desproporcionadamente las grandes ciudades. Hoy éstas crecen por sí mismas (crecimiento vegetativo) y por absorción de la población rural. El resultado es que todas las grandes ciudades han entrado en lo que yo llamaría una fase de transformación incongruente»¹⁶.

La red urbana portuguesa tiene la cumbre de su jerarquía en una ciudad costera, Lisboa, con puerto, mientras que la red urbana española se configuró de manera más compleja porque a Madrid, en el centro de la península, se le sumaban verdaderas metrópolis regionales con puerto como Barcelona y Valencia, cuyas áreas metropolitanas rebasaban con creces el millón de habitantes, además de Sevilla, Bilbao, Zaragoza y Valladolid, y otras ciudades que desempeñan un papel subregional pero que superaban los 200.000 habitantes a finales de los años setenta.

EL PROCESO HACIA LA LIBERALIZACIÓN ECONÓMICA

El proceso que condujo a la modernización de las economías portuguesa y española tiene como fecha de referencia el año 1959. Este año fue emblemático para los dos países: Portugal da por concluida la autarquía, aprueba el II Plano de Fomento e ingresa en la EFTA en 1960; España afronta un Plan de Estabilización para ajustar la economía de las desviaciones que se habían producido (alta inflación y insostenible déficit presupuestario) desde que en 1953 se había ido dejando la política económica autárquica. Juan Iranzo lo ha explicado del siguiente modo:

«Se hacía evidente por fin la imposibilidad de mantenernos al margen de las pautas reinantes en las economías internacionales, así como la inestabilidad de un modelo de crecimiento cautivo de dos importantes trabas: nuestro reducido mercado interior y el aislamiento exterior que impedían el acceso a la tecnología y al capital más avanzados»¹⁷.

¹⁶ CHUECA GOITIA, F.: *Breve historia del urbanismo*, Alianza, Madrid, 1970, pág. 195.

¹⁷ IRANZO, J.: «El sector público como impulsor de la reconstrucción». En VELARDE, J., (Coord.): 1900-2000: Historia de un esfuerzo colectivo. Cómo España superó el pesimismo y la pobreza. Fundación BSCH. Planeta, Madrid, 2000, 2 vols. Volumen I, págs. 485-526.

En ambos países un rasgo modernizador apreciable se produjo en la agricultura, que veía disminuir paulatinamente su participación en la población activa en Portugal: el 49% en 1950, el 42% en 1960 y el 32% en 1970. Población rural que emigra o se dedica a la industria que en este periodo se convertirá en el sector determinante: del 25% de población activa en 1950, pasó al 33% en 1970. Con carácter general como consecuencia de esta industrialización en Portugal «se concentró el número de patronos y aumento el de asalariados (...) se generalizaron las relaciones de tipo capitalista y se incrementó el proceso de polarización social»¹⁸. En España, si bien subió considerablemente el número de activos en la industria, al incrementarse extraordinariamente también el sector servicios parecía que había un mayor predominio de las clases medias.

La Península Ibérica dejó de ser esencialmente agrícola y, a la vez, incrementaba la producción agraria con una población dedicada a ella cada vez menor. En los años treinta en Portugal se asoció el concepto «reforma agraria» con el de industrialización, cuando Rafael Duque es llamado por Oliveira Salazar para que forme parte del gobierno como ministro de Agricultura. Sin embargo, en España, la «reforma agraria» promovida por las izquierdas de la II República y, sobre todo, las colectivizaciones de la guerra civil serán anuladas por el nuevo régimen español. Por otra parte, el fisiocratismo que se dio en Portugal no tuvo su réplica en España, de ahí que el Plan de Fomento de 1953 pusiera en duda la política agraria portuguesa llevada hasta el momento porque, según el tenor literal del mismo:

«La agricultura portuguesa no consigue afrontar las exigencias crecientes de consumo interno y de exportación. Esta deficiencia proviene de las bajas producciones unitarias (...) de procesos técnicos poco perfeccionados y de defectos en la estructura agraria, que en una regiones se caracteriza por la fragmentación y dispersión excesivas de la propiedad y en otras por la concentración»¹⁹.

Exactamente lo mismo se podía decir de la agricultura española de la misma época porque las características enunciadas coincidían plenamente. Se podría decir que en las franjas latitudinales de la península se dan las mismas características en la estructura de la propiedad de la tierra a uno y otro lado de la frontera: minifundismo en el norte y latifundismo en el sur. De ahí que en los años cincuenta adoptaran políticas agrarias muy parecidas: política hidráulica para incrementar la superficie de regadío, colonización interna y repoblación forestal. De hecho. La productividad agraria creció a pesar de que la península queda fuera de la zona de la gran fertilidad europea²⁰.

¹⁸ ROSAS, F.: *Op.Cit.*, pág. 426.

¹⁹ *Plano de Fomento*, Volumen I, Lisboa, 1953, pág. 17.

²⁰ Según el *Anuario Hortofrutícola Español*, la cebada, el trigo, la vid, el almendro y la alfalfa eran los cultivos cuya productividad era menor que la europea. El olivo, el maíz, las patatas y la remolacha azucarera tenían la misma productividad que en Europa.

En resumen, a pesar de las dificultades y de los problemas estructurales, entre 1955 y 1975 la mecanización y la capacitación de los agricultores lograron que el gran descenso absoluto y relativo de trabajadores del campo no se tradujera en un descenso de producción, al contrario, hubo un crecimiento paulatino de la producción agrícola, lo que significaba un indudable rasgo de modernización. Por concluir con un dato baste recordar que, según el Ministerio de Agricultura, en 1961 había en España 71.077 tractores (2,31 por cada mil habitantes) y en 1975 se llegó a los 379.070 (10,71 tractores por cada mil habitantes)²¹. En Portugal, en los veinticinco años que van de 1950 a 1974 se multiplicó por diez el número de tractores: unos 4.000 en 1950, y 42.024 en 1974.

España establece en 1959 su Plan de Estabilización, este mismo año, en Portugal al aprobarse el II Plano de Fomento (1959-1964), que preveía una mayor apertura económica hacia Europa, todo apuntaba a un progreso económico constante y sostenido como en el resto de Europa. Cuando en 1961 estalla la guerra por la independencia de Angola, y se extiende a Guinea-Bisau en 1963 y a Mozambique en 1964, se alterarán completamente las previsiones de futuro, y no sólo en materia económica. No obstante, había en Portugal un cierto consenso en la idea de que el modelo económico en sí mismo estaba agotado porque no podía basarse indefinidamente en salarios bajos y, sobre todo, en la dependencia de las materias primas coloniales. Además, la política industrial de sustitución de importaciones tenía vuelo corto porque el mercado portugués era muy limitado. La creación de la Comunidad Económica Europea, con la firma del Tratado de Roma en 1958, iba a hacer el resto para que se acabara con el modelo autárquico, y la planificación gubernamental se orientaba hacia una mayor apertura comercial.

En 1960 Portugal ingresaba en la EFTA y acompañaba a su socio privilegiado, el Reino Unido, en su zona de libre cambio alternativa a la Europa de los Seis, la unión aduanera de Francia, Alemania, Italia y el Benelux, que manifestaban su voluntad de converger hacia un mercado común europeo. Cuando el 9 de agosto de 1961 el Reino Unido solicita su adhesión a la CEE, los demás miembros de la EFTA también comenzaron negociaciones, sin embargo Portugal se limitó a enviar una carta al Presidente del Consejo, el 18 de mayo de 1962, en la que no se decía nada de «adhesión» sino de «colaboración» entre «Portugal y el conjunto de los países de la CEE»²².

La marcha española hacia la liberalización económica y la apertura del comercio exterior fue diferente, aunque con una curiosa coincidencia de fechas: en 1953 se acababa formalmente con la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, el mayor símbolo de la autarquía española, año que coincide con el inicio del I Plano

²¹ Conviene también recordar que a finales de los años setenta España ocupaba el puesto 19 a escala mundial de número de tractores por habitante, por debajo de países como Irlanda, Polonia, Yugoslavia y Grecia, que entonces tenían un desarrollo económico inferior al español.

²² CALVET DE MAGALHÃES, J.: «Salazar e a unidade europeia» en *Portugal, España y Europa. Cien años de desafío (1890-1990)*, UNED (Centro de Extremadura), Mérida, 1991, pág. 142.

de Fomento portugués; y el 1959 en ambos países se da por agotado el modelo autárquico anterior y se inicia la liberalización económica, con sendos planes: el Plan de Estabilización en España y el II Plano de Fomento en Portugal.

LA MODERNIZACIÓN ECONÓMICA PORTUGUESA Y LA PERTURBACIÓN COLONIAL

El ministro de Economía portugués Ferreira Dias (1958-1962) sostenía la idea de «un modelo industrial sustitutivo de las importaciones como garantía de la independencia nacional»²³, no obstante durante su mandato Portugal se incorporó a las principales instituciones internacionales: en 1960 a Banco Mundial y la Fondo Monetario Internacional, y sobre todo al GATT (Acuerdo General sobre Comercio y Transportes), cuyo objetivo consistía en la reducción de aranceles en el comercio internacional.

Para Portugal «el Plan Marshall fue esencialmente un elemento catalizador y un instrumento de innovación y crecimiento»²⁴, durante los años sesenta, especialmente al final de la década, con la llegada de Rogério Martins a la Secretaría de Estado de Industria, se pretendía estimular el equilibrio de la balanza comercial y producir para la exportación, para ello se estimularon industrias agrarias y las basadas en la riqueza del subsuelo. Se habla de estimular también el mercado ibérico. El resultado fue que aumentó considerablemente el ritmo de crecimiento de la producción industrial pero «se subordinó a ese objetivo el del reparto del rendimiento»²⁵, de manera que, como consecuencia de una disciplina económica estatal²⁶, la industrialización vino acompañada de una considerable concentración empresarial en grandes grupos financieros. En 1972, el 16,5% de las industrias eran propietarias del 73% del total de la producción industrial. Las estadísticas oficiales reflejaban que unas 44 familias tenían la propiedad de la mayor parte de la actividad económica privada portuguesa, y una sola familia, los Mello, controlaba el 10% del PIB de Portugal.

Esta concentración industrial en unos pocos grupos empresariales no impidió el crecimiento real de los salarios a una media del 6,7% anual entre 1969 y 1973, pero contribuyó a que en la década de los sesenta desaparecieran 30.500 pequeñas empresas industriales de menos de 10 trabajadores.

²³ ROSAS, F.: *Op Cit.* pág. 465.

²⁴ ROLLO, M^o F.: *Portugal e a Reconstrução Económica do Pós-Guerra*, M^o dos Negócios Estrangeiros, Lisboa, 2007, pág. 679.

²⁵ ROSAS, F.: *Op Cit.*, pág. 467.

²⁶ En Portugal se aprobaron cuatro planes de fomento que cubrieron el periodo 1953-1973: I Plano de Fomento(1953-1958), II Plano de Fomento(1959-1964), Plano Intercalar de Fomento (1965-1967) y III Plano de Fomento(1968-1973).

En cualquier caso, las subidas salariales eran consecuencia de que se partía de unos niveles realmente bajos (en 1975 el salario medio portugués era la mitad que el español), de la falta de mano de obra por la emigración y el reclutamiento, de la entrada de empresas extranjeras acostumbradas a pagar mejor y, finalmente, el incremento de la productividad por obrero. Todo ello facilitó especialmente en los nuevos sectores, como la siderurgia y la electrónica, pero también en los más tradicionales como las industrias agrarias, la confección, la pasta de papel y las farmacéuticas, que las empresas aceptaran las crecientes reivindicaciones laborales, entre ellas las subidas salariales, que se llevaron a cabo durante el gobierno de Marcelo Caetano.

En lo relativo al comercio exterior, la incorporación a la EFTA se quiso compatibilizar con una mayor integración económica de la metrópoli con las colonias, conforme se decía en el Acta Colonial que se incluyó en el Título VII de la Constitución en 1951. Desde la idea de que tanto las colonias como la metrópoli formaban la nación portuguesa, promovía la libre circulación de productos, con lo que se deberían haber suprimido las barreras arancelarias, lo que no fue precisamente así. Jiménez Redondo insiste en esa idea:

«Aunque en el terreno de la teoría jurídica eran provincias como cualquier otra, esto no era sino una ficción jurídica, ya que la legislación aplicable a estos territorios africanos era totalmente diferente de la aplicable en Portugal continental, no existía, por ejemplo, la libertad de circulación de personas y mercancías entre las partes»²⁷.

La característica principal de la evolución del comercio exterior portugués fue la paulatina sustitución de Alemania por Estados Unidos como principal país en intercambios con Portugal. El predominio de las importaciones de Estados Unidos a finales de los años cuarenta (el 25% en 1946, el 31,6% en 1947 y casi el 21% en 1948) es sustituido por el predominio alemán occidental. En 1973 la República Federal Alemana llegó a alcanzar el 14% de las importaciones portuguesas, el Reino Unido se mantuvo siempre en torno al 13% y Francia, que también creció, superó el 7%. «Resulta curioso comprobar cómo este proceso se produce cuando de forma simultánea los responsables portugueses niegan la posibilidad de cualquier participación política en el proceso de integración europea»²⁸, y tiene su explicación en que para los principales teóricos de las relaciones internacionales de Portugal, A. Monteiro y L. Teixeira de Sampaio, «la alianza inglesa sigue constituyendo la llave maestra de la inserción internacional»²⁹, opinión que sustentaban los principales dirigentes del país, entre ellos Oliveira Salazar. En consecuencia, mientras el Reino Unido permaneciera apartado del proceso de unión europea, Portugal

²⁷ JIMÉNEZ REDONDO, J. C.: *Op. Cit.*, pág. 168.

²⁸ TELO A. J. y TORRE, H. de la: *Op. Cit.*, pág. 140.

²⁹ TELO A. J. y TORRE, H. de la: *Op. Cit.*, pág. 127.

seguiría su mismo camino. El turismo también contribuyó al progreso económico, de los 295.942 turistas de 1959 se pasó a casi cuatro millones en 1973.

Todo este proceso en el que mantienen unas tasas elevadas de crecimiento económico coincide con una guerra que Portugal mantiene durante 13 años en tres frentes separados por miles de kilómetros. Afronta esta triple guerra sin el apoyo de las dos principales potencias atlánticas. A pesar de ser aliadas llegan a votar en contra de Portugal en la ONU, como ocurrió en 1961 y la administración Kennedy llega a conspirar para derribar el régimen salazarista³⁰. A pesar de la crisis de los misiles de Cuba en 1962, que revalorizó las bases que la OTAN tenía en Azores, la diplomacia estadounidense sigue insistiendo en que Portugal debería reconocer el derecho a la independencia de sus colonias.

Las reticencias de los aliados de siempre (Reino Unido y Estados Unidos) se subsanaron con el incremento del apoyo de dos nuevos proveedores insospechados: La República Federal de Alemania y Francia. Francia abastecerá de armamento imprescindible para una guerra lejana: aviones *Broussard*, aviones de transporte *Nordalats* y helicópteros *Allouette*, además de blindados *Panhard* y *AML*. También concedió la licencia de los camiones *Berliet* para que se fabricaran en Portugal. Por su parte, la República Federal Alemana que llega a ser el primer importador de productos portugueses se convierte en el primer suministrador de tecnología punta para la industria naval y aeronáutica, también contribuye al esfuerzo bélico directo con el abastecimiento de fusiles automáticos G-3 que eran los de la dotación habitual de los soldados y con la entrega de aviones *Fiat G-91* y *Sabres* de segunda mano. La construcción de la base aérea de Beja estuvo a cargo de expertos alemanes y también contribuyó en la dotación de hospitales para unos diez mil heridos. No obstante, lo más importante fue la ayuda financiera alemana que permitió la reorganización general de la industria de Defensa, que quedó bajo la dependencia tecnológica extranjera, especialmente de países de la CEE³¹.

El esfuerzo financiero fue enorme: el presupuesto de Defensa pasó de 93 millones de dólares en 1961 a 523 millones en 1973, lo que significaba el 40% del total de los presupuestos del Estado y el 4,7% del PIB portugués. Este mismo año el presupuesto de Defensa en España era del 1,8% del PIB y el de Francia, el 2,8%. Este esfuerzo militar significó una innovación tecnológica considerable que «llegó de forma brusca y como respuesta a un problema externo que obliga a las Fuerzas Armadas a cambiar drásticamente en poco tiempo»³². A partir de ahí, es decir de los militares se difunde por los restantes sectores de la sociedad pero

³⁰ JIMÉNEZ REDONDO, J. C.: *Op.Cit.*, pág. 171. Explica que una parte del Ejército, liderado por el ministro de Defensa Botelho Moniz, con el apoyo de la embajada de Estados Unidos en Lisboa, planteó por medio de un golpe la sustitución de Oliveira Salazar, que maniobró a tiempo y logró la destitución de Botelho y los demás implicados: Almeida Fernandes, ministro del Ejército; Costa Gomes, subsecretario de Estado del Ejército y Beza Ferraz, jefe del Estado Mayor.

³¹ ROLO, J. M.: «Tecnologia: dependência estrutural da economia portuguesa». *Análise social*, nº 42-43, 1975, pág. 230.

³² TELO A. J. y TORRE, H. de la: *Op.Cit.*, pág. 184.

de manera más pausada. Para Telo todo sucedió «como si la sociedad portuguesa se mostrase incapaz de modernizarse (...) por lo que debe crear una institución específica que se moderniza más rápidamente que las restantes debido a las crisis del sistema internacional y arrastra con ella al resto de la sociedad en esa modernización»³³.

En cualquier caso, las guerras coloniales condujeron al final del Régimen salazarista cuando ya había muerto el dirigente que le había dado nombre. Oliveira Salazar cae enfermo en 1968 y le sustituye Marcelo Caetano, momento en que disminuye el apoyo dado por Alemania Occidental y Francia. Las divisiones en el seno del Ejército se agudizaron desde mucho antes, como consecuencia del ingreso de Portugal en la OTAN porque como ha puesto de manifiesto Jiménez Redondo:

«Obliga a las Fuerzas Armadas portuguesas a un cambio acelerado que no se limita al ámbito estrictamente técnico, sino que tiene indudable repercusión en la mentalidad colectiva de estos militares de la OTAN. Una visión más acusadamente exigente en lo profesional convence a toda una generación de oficiales de la eficiencia y racionalidad de los democracias occidentales y del atraso relativo de su país»³⁴.

Esta evolución dentro de las Fuerzas Armadas, que en un principio no era necesariamente antisalazarista, acabó en el Movimiento de los Capitanes, núcleo que articuló el golpe militar del 25 de abril de 1974, en ello tuvo mucha importancia la crisis del petróleo de 1973, que significaba para Portugal la insostenibilidad de su sistema económico si continuaba la guerra. «La Revolución de los Claveles no tuvo como objetivo único acabar con la larguísima experiencia autoritaria sino también, y fundamentalmente, poner fin a una guerra de imposible victoria»³⁵.

En 1974 la modernización de Portugal era realmente limitada porque aunque el PIB en los años sesenta había crecido a un ritmo del 6% anual, en 1973 sólo se habían alcanzado los 1.158 dólares de renta por cápita, la mitad que la española. El salario medio era el 25% del alemán, el 29% del francés y el 49% del español. La mortalidad infantil estaba en torno a los 50 fallecidos por mil habitantes, consecuencia de que el 30% de la población no consumía el mínimo saludable de proteínas y de que sólo había un médico por cada 1.200 habitantes. Aunque entre 1960 y 1974 los estudiantes de primaria y secundaria pasaron de poco más de un millón (1,1) a cerca de dos millones (1,7) y los universitarios de 20.422 a 58.605, todavía la tasa de analfabetismo estaba en el 29%, la más alta de Europa.

³³ TELO A. J. y TORRE, H. de la: *Op Cit.*, pág. 185.

³⁴ JIMÉNEZ REDONDO, J. C.: *Op.Cit.*, pág. 172.

³⁵ JIMÉNEZ REDONDO, J. C.: *Op.Cit.*, pág. 180.

LA APUESTA POR LA MODERNIZACIÓN ESPAÑOLA

Tras el Plan de Estabilización de 1959 y el aumento del peso político de los tecnócratas en el gobierno español, el régimen apostó claramente por la modernización, concepto que no se consideraba contradictorio con su esencia. Al identificarse modernización con convergencia con Europa, antes de que se firmara del Tratado de Roma, el 25 de julio de 1957, el gobierno español creó la Comisión Interministerial para el Estudio de las Comunidades Económicas y Atómica Europea, que se transformó en Comisión Interministerial para las Relaciones con las Comunidades Europeas (CICE) el 13 de febrero de 1958. En realidad estas comisiones se mostraron poco operativas, tal vez porque Gual Villalbí, ministro sin cartera que las coordinó, creía que la Comunidad Económica Europea iba a fracasar.

Se llega a 1962 sin que haya producido ningún resultado pero en el Parlamento Europeo va a tener un revés el régimen autoritario español: el 15 de enero se aprueba el informe presentado por el diputado social-demócrata alemán W. Birkebach que, en resumen, exige que los nuevos países que deseen incorporarse a la Comunidad Económica Europea tengan instituciones democráticas. Con todo, el 9 de febrero de 1962, a través del Ministerio de Asuntos Exteriores encabezado por Fernando M^a Castiella, se formaliza la propuesta oficial de España para negociar una «asociación» que desembocara en «adhesión», que no es contestada por parte de la CEE. Por su parte, Portugal pediría, el 18 de mayo de 1962, el inicio de conversaciones para establecer relaciones de «colaboración», no de adhesión, con la CEE. Estaba claro que los gobiernos de Portugal y España no tenían previsto «establecer una estrategia coordinada a fin de reforzar su posición mutua ante una posible adhesión a la CEE. En este caso, debido a la negativa del gobierno de Salazar a salirse de la estela tradicional de su anclaje internacional, el Reino Unido, para unirse más estrechamente a España en una conjunción de intereses siempre problemática»³⁶.

En junio de 1962 se celebra en Munich el IV Congreso del Movimiento Europeo que reúne en la capital bávara a los principales dirigentes de la oposición democrática española. El rechazo de la CEE y las huelgas de 1962, especialmente las de la minería asturiana, que tenían amplio eco en la prensa europea, animaron a la oposición democrática. Ante esta corriente favorable de opinión, un grupo heterogéneo de políticos antifranquistas, como los liberales Madariaga y Satrústegui, monárquicos de Don Juan, demócrata-cristianos como Gil-Robles, Iñigo Cervero y Álvarez de Miranda, pero también socialistas, nacionalistas vascos y catalanes, e incluso falangistas arrepentidos como Dionisio Ridruejo, organizaron el conocido congreso al que acudirían tanto exiliados como políticos procedentes del interior de España. Los 118 asistentes, tras cuatro días de sesiones, del 5 al 8 de

³⁶ JIMÉNEZ REDONO, J. C.: *El ocaso de la amistad entre las dictaduras ibéricas (1955-1968)*, UNED, Mérida, 1996, pág. 205.

junio de 1962, hacían un llamamiento a la democratización de España por medio de una evolución pacífica, a la libertad sindical y a la autonomía para las regiones.

Al gobierno español le impresionó mucho lo ocurrido en Munich. Presidido por Franco estuvo reunido hasta las tres de la mañana del 9 de junio para analizar el impacto que podría producir sobre el régimen y sobre los proyectos de adhesión a la CEE. Con respecto al interior se tomaron medidas propagandísticas contra el que se llamó «Contubernio de Munich» y se condenó a los que participaron en él a penas de exilio o confinamiento. Además Franco quiso darse un baño de multitudes como ya había hecho en los momentos de mayor presión exterior sobre su régimen, para ello eligió Valencia. El 16 de junio desde el balcón del ayuntamiento, ante una plaza llena a rebosar, «crítico a los que desde el exterior decían lo que España debía hacer, acusó a la prensa extranjera de favorecer el comunismo internacional e hizo balance de su propia obra a la que denominó ejecutoria ejemplar»³⁷.

Dentro de la campaña, durante esos días calificó al liberalismo como «débil, inútil y putrefacto» y se refirió a los asistentes al Congreso de Munich como «esos desdichados que se conjuran con los rojos para llevar a las asambleas extranjeras sus miserables querellas». Todos los embajadores informaron a Franco de la mala acogida que habían tenido sus palabras entre los gobiernos de los países occidentales. El embajador en París, José M^a de Areilza; el embajador en Washington, Antonio Garrigues, pero sobre todo el embajador en Roma, Alfredo Sánchez Bella, le enviaron informes que le parecieron alarmantes. El 10 de julio de 1962 Franco saldaba la crisis con un cambio de gobierno que pretendía superar el bache del Congreso de Munich, reforzar la nueva política económica de apertura al exterior y de mayor liberalización y mayor aceptación por parte de la CEE. No en vano, en el discurso de Valencia a pesar de su tono, Franco también había dicho:

«Hemos de considerar que si un día pudimos encerrarnos dentro de nuestras fronteras y vivir nuestra propia vida, hoy nos es indispensable la relación con el exterior; nuestra vida económica se basa en el intercambio comercial con otros países, y los peligros que a Europa acechan también a nosotros nos alcanzan»³⁸.

Los ministros llamados «tecnócratas» continuaron, como Ullastres en Comercio, Navarro Rubio en Hacienda y Cánovas en Agricultura, además se vieron reforzados por López Bravo, también ingeniero, como nuevo ministro de Industria. Entra en el gobierno Manuel Fraga Iribarne para sustituir a Arias Salgado como ministro de Información y Turismo. También continuaban el falangista Solís Ruiz, «que se convierte en europeísta convencido» y Castiella al frente del ministerio de Asuntos Exteriores, que es «el mejor representante de esa manifestación tanto en

³⁷ MARTÍNEZ RODA, F.: *Valencia y las Valencias: su historia contemporánea*. CEU San Pablo, Valencia, 1998, pág. 483.

³⁸ PEREIRA CASTAÑARES, J. C.: «Las dictaduras Ibéricas ante la Europa de la unidad: España», *Portugal, España y Europa. Cien años de desafío (1890-1990)*, UNED (Centro de Extremadura), Mérida, 1991, pág. 93.

sus viajes oficiales, como en su labor diaria desde el palacio de Santa Cruz»³⁹, en marzo de 1963 había escrito:

«La actitud acentuadamente europeísta de la España actual, sus relaciones amistosas con los países de Europa, su calidad de miembro en múltiples organizaciones interestatales europeas, su disposición para acoger la corriente turística de Europa, su cambio económico, técnico, profesional y humano con sus vecinos del continente y finalmente su esperanza de incorporarse al Mercado Común, no son expresión de una actitud oportunista de un determinado sistema político, sino el deseo natural de un sentimiento unánime del pueblo español.»⁴⁰

Finalmente, también en 1962 se conoció el informe del Banco Mundial sobre la economía española que afirmaba entre otras cosas: «España posee recursos humanos y físicos para alcanzar y conservar una tasa elevada de crecimiento económico». Para lograr ese objetivo se creó la Comisaría del Plan de Desarrollo. A partir de ese momento la política económica se concretará a través de los Planes cuatrienales de Desarrollo, hubo tres desde 1964 a 1975, año en que murió Franco. El desarrollismo español tiene un nombre propio: el catalán Laureano López Rodó, catedrático de Derecho Administrativo que había desempeñado un importante papel en la redacción de la Ley de Régimen Jurídico de la Administración del Estado de 1957 y la Ley de Procedimiento Administrativo de 1958, que también contribuyeron a la «modernización» española. A partir de 1964 iba a ser el inspirador y autor de la política económica que se sustanció en los Planes de Desarrollo, indicativos para el sector privado y obligatorios para el sector público, que encontraron el respaldo de la financiación internacional y una coyuntura europea que se aprovechó para transformar la economía española hasta convertirla en la décima potencia mundial, por el valor de su PIB.

LA EJECUCIÓN DE LA MODERNIZACIÓN ESPAÑOLA: LOS PLANES DE DESARROLLO

En 1964, el mismo año en que comienza el I Plan de Desarrollo aún sabiendo que España no cumplía los requisitos políticos aprobados por el Parlamento Europeo (Informe Birkelbach), el ministro de Asuntos Exteriores Fernando M^a Castiella envía una carta al Presidente semestral del Consejo, el ministro francés de Exteriores Couve de Murville, en la que solicita el inicio de negociaciones, que esta vez sí tiene acuse de recibo. Sin embargo, estas negociaciones no comenzaron hasta 1967 que finalmente dieron como resultado la firma de un «Acuerdo Preferencial» en 1970, ya con Gregorio López Bravo como ministro de Asuntos Exteriores (octubre de 1968 a junio de 1973). Por su parte, a pesar de la nueva relación por-

³⁹ PEREIRA CASTAÑARES, J. C.: *Op. Cit.*, pág. 93.

⁴⁰ *Vid.* CASTIELLA, F. M.: «La posición de España en la política internacional», *Europa Archiv*, marzo de 1963.

tuguesa con Francia y Alemania Occidental, los contactos previos a la negociación con Portugal se prolongaron hasta el 24 de noviembre de 1970 y las negociaciones propiamente dichas se iniciaron con el convencimiento por parte portuguesa de que no se incluirían los territorios ultramarinos, al final se llegó al Acuerdo Comercial de 22 de junio de 1972, el mismo año que el Reino Unido se incorporaba a la CEE y dos años después del Acuerdo Preferencial español.

En España, durante los años de ejecución del I Plan de Desarrollo (1964-1967) el PIB se mantuvo a un ritmo de crecimiento del 6% anual, superior al de los demás países europeos. La principal contrapartida fue la inflación (8,6% en 1964) que obligó a devaluar la peseta para mantener la competitividad exterior. El incremento de la demanda de empleo de una industria que iba a más, fue cubierto por inmigrantes procedentes del medio rural. Los flujos de población desde la España más rural (Galicia, Aragón, Extremadura, Castilla la Nueva y Andalucía) hacia las zonas industriales del norte (Vizcaya) y del este (Barcelona y Valencia), y hacia Madrid fueron constantes. También se produjo una fuerte emigración desde el campo a la capital en algunas provincias, destaca el caso de Zaragoza. La salida de trabajadores al extranjero, especialmente Alemania, Francia, Bélgica y Suiza, alcanzó casi los tres millones, destino que sustituyó a Iberoamérica. En este fenómeno coinciden las corrientes migratorias de España y Portugal.

El II Plan de Desarrollo (1968-1971) también logró tasas de crecimiento alto, el 6% anual, pero con menor inflación y con una balanza de pagos equilibrada. Durante la vigencia de este plan, las Cortes Españolas aprobaron la Ley General de educación de 20 de agosto de 1970 por la que se establecía la enseñanza general básica, obligatoria y gratuita hasta los 14 años. También se reformaban los cuerpos nacionales de profesores y los planes de estudio, incluidos los universitarios. En parte esta reforma del sistema educativo español estuvo financiada por el Banco Mundial. Al final del II Plan de Desarrollo las diferencias regionales eran considerables, Galicia, Aragón, Extremadura, Castilla la Nueva y Andalucía tenían más del 40% de la población activa todavía empleada en la agricultura, mientras que Madrid y Cataluña este porcentaje ya había disminuido del 9%.

Finalmente, el III Plan de Desarrollo (1972-1975) también logró altas tasas de crecimiento pero además incorporaba la programación de los factores cualitativos del desarrollo como el respeto al medio ambiente y otros aspectos de la calidad de vida. Es el momento en que se despliega una financiación abundante basada en la alta tasa de ahorro de los españoles y una balanza de pagos muy equilibrada gracias a la llegada de inversión extranjera, a las remesas de dinero enviado por los emigrantes y a las entradas de divisas procedentes del turismo. Con estos elementos, la política gubernamental de diferir lo más posible los efectos de la crisis del petróleo de 1973 logró que durante la vigencia del plan se mantuviera el crecimiento, aunque en 1976 derivaría en una galopante inflación. En cualquier caso, durante los tres planes de desarrollo las rentas salariales habían crecido

más que los otros componentes de la renta nacional española⁴¹: en 1960 era el 53% y el 1974 el 61,8%, lo que significaba una sociedad menos polarizada socialmente que la portuguesa. Todo ello a pesar de que «la innovación tecnológica tuvo un efecto de ahorro de mano de obra y esa tendencia se hizo más notable en los sectores más dinámicos a la hora de crecer»⁴², de ahí que el paro siempre haya sido superior en España que la media europea.

Toda esta modernización de las estructuras productivas que condujeron a la superación del sector industrial al agrícola ya desde los primeros años sesenta, se completó con un importante desarrollo del sector servicios. El fenómeno del turismo acabó por configurar una economía española con los rasgos típicos de la «modernidad»: una actividad productiva dinámica, aunque desigualmente repartida en el territorio.

Los datos de Eurostat, la oficina estadística europea que publica información cuantitativa de la convergencia europea, son muy contundentes. Entre 1960 y 1975 la renta por cápita de los españoles en relación con la media de los países de la unión europea se incrementó en más de veinte puntos porcentuales: en 1960 el PIB per cápita español era el 59,15 de la media europea occidental, y en 1975 alcanzó el 79,9% de dicha media⁴³. Este mismo año España alcanzó, con el 38%, el mayor porcentaje de población activa dedicada a la industria, a partir de ese año comenzó a disminuir mientras que se incrementaba extraordinariamente el sector servicios. En los últimos quince años el PIB español creció a una media del 6,7% anual, frente al 4,1 de los países integrados en la CEE y esta convergencia se producía con un crecimiento de población del 15,4%, superior en España, que pasó de 31 millones de habitantes en 1961 a 35,5 en 1975, que en la Europa comunitaria, que pasó de 301 millones a 332, es decir un crecimiento del 10,3%.

El crecimiento de la economía española no se vio lastrado por una guerra colonial. Al contrario el gobierno a pesar de estar dirigido por un militar africanista, el propio Franco, eludió el conflicto colonial aunque intentó que fueran consideradas provincias los territorios de Sahara y Guinea, no así Ifni. Con todo, en 1968 se le concedía la independencia a Guinea Ecuatorial, en 1969 se entregaba Ifni a Marruecos y, finalmente, en el Sahara, tras la «Marcha Verde» de noviembre de 1975, con el Jefe del Estado español bajo cuidados médicos intensivos, el gobierno Arias decide la entrega del territorio sahariano hasta ese momento español a Marruecos y a Mauritania por el Acuerdo de Madrid de 14 de noviembre

⁴¹ Vid. CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coordinadores): *Estadísticas históricas de España (Siglos XIX-XX)*, Editorial Nerea-Fundación BBVA, Bilbao, 2005. Los datos españoles que se citan se han obtenido, en su mayor parte, de esta obra.

⁴² CASTILLO, J., REIG, E., SANCHIS, M.: «Spain, trade and development strategies», en *European Integration and the Iberian Economies*, Macmillan Press, Londres, 1989, pág. 50.

⁴³ A partir de 1975 como consecuencia de las crisis petrolíferas y de las dificultades económicas durante la Transición España fue perdiendo convergencia hasta llegar, en 1980 al 73% y en 1985 al 71,6% de la renta per cápita media de los países integrantes de la Unión Europea.

de 1975. Estaba claro que los distintos gobiernos españoles querían evitar el peligro de una guerra colonial, a lo que no fue ajena la presión de los Estados Unidos.

CONCLUSIÓN

Los gobiernos portugués y español no tenían establecida una estrategia coordinada, en absoluto, ni sobre sus planes económicos, ni sobre sus relaciones con la CEE, ni sobre la posibilidad de establecer un mercado ibérico único. El Pacto Ibérico de 1942 y las buenas relaciones entre sí de los dos regímenes autoritarios no fueron suficientes para paliar la mutua ignorancia, aunque es cierto que se puede decir que con carácter definitivo se acabaron los antiguos recelos. Desde Portugal se sabía que una hipotética reunificación peninsular ibérica no era una aspiración de la política exterior española. Sin embargo, los dos países llegaron a una situación de las grandes cifras macroeconómicas de cierto parecido, aunque los resultados de la modernización española, con todos sus defectos, fueron más completos que los portugueses. La clave para entender esto se encuentra en que el Imperio fue la gran opción política y psicológica del Portugal salazarista, cuya meta básica era «preservar la independencia nacional y la conservación del legado imperial recibido»⁴⁴, esta opción política, consciente e intencionada, supuso su «alejamiento de las reglas de juego del sistema internacional» y la «principal razón de la caída del Estado Novo»⁴⁵. Por el contrario, según Hipólito de la Torre, entre 1955 y 1975, España logró «un proceso de efectiva y en cierta forma profunda homologación al sistema internacional. Y eso, tanto por la ampliación del ámbito y la creciente intensidad de sus relaciones exteriores, como por las intensas transformaciones interiores de orden económico, social y cultural».⁴⁶

La apariencia de «modernidad» al final del proceso en Portugal y España era parecida, a pesar de que la renta per cápita española, con dos mil dólares, es casi el doble que la portuguesa; porque en ambos países se encontraban por doquier los iconos de la modernidad. Pero frente a esta apariencia, hay dos grandes diferencias entre los rasgos modernizadores de Portugal, que implicaron una distinta situación al llegar a la «modernidad» económica: la perturbación colonial y los mayores desequilibrios sociales. Al contrario que en España donde un pragmatismo mayor del régimen autoritario le permitió estar mejor adaptado a los cambios que se habían producido en el mundo, con un paradigma anticolonial. Estas diferencias explican la llegada a la «modernidad» política, es decir, a la democracia de cada uno de ellos. En Portugal se produce una ruptura que está a punto de acabar con la modernización económica lograda y conducir al país a un modelo soviético, con la nacionalización de las principales empresas y de más de un mi-

⁴⁴ JIMÉNEZ REDONDO, J. C.: *Op. Cit.*, pág. 160.

⁴⁵ TELO A. J. y TORRE, H. de la: *Op. Cit.*, pág. 196.

⁴⁶ TELO A. J. y TORRE, H. de la: *Op. Cit.*, pág. 295.

llón de hectáreas de tierra, depuraciones de funcionarios y profesores y restricciones al pluralismo político⁴⁷, mientras que en España no se discute el modelo socio-económico y el sistema político autoritario evoluciona de forma gradual y estable hacia un sistema democrático». Puede decirse que el carácter de la transición democrática española (...) se debió a la forma en la que España se adaptó a los cambios del sistema internacional en los quince años anteriores (1960-1975)», por el contrario «la falta de adaptación portuguesa creó las condiciones de un inevitable golpe de fuerza»⁴⁸.

Superadas las dificultades políticas que se produjeron en Portugal tras el 25 de abril de 1974, y reconducido el proceso post-revolucionario hacia un modelo político homologable con las democracias europeas, España y Portugal se convierten en democracias homologables con las demás europeas. Mercedes Vilanova considera que a lo largo de la contemporaneidad ha habido tres olas democratizadoras:

«La primera culmina en 1926 y es la continuación de la democratización iniciada en Occidente con la independencia de las colonias americanas y la Revolución francesa, la segunda se vive a partir de la guerra mundial (1939-1945), con la caída de los grandes imperios asiáticos y europeos, la victoria de los aliados y la descolonización; la tercera se inicia a partir de 1975 y se extiende por todo el planeta con fuerza inusitada a partir de la caída del muro de Berlín en 1989»⁴⁹.

España y Portugal, sin lugar a dudas, fueron las pioneras de la llamada «tercera oleada democratizadora». Coincidencia en la marcha hacia la modernidad que, junto a otras que se han comentado (régimenes autoritarios anticomunistas y pro-occidentales, crecimiento económico acelerado tras el paso de la autarquía a la planificación indicativa, dificultades de relación con la CEE), no debe hacer olvidar la gran diferencia en el proceso de los dos países que comparten península: la guerra colonial que significaba una concepción de Portugal extendida en varios continentes y no sólo vinculada a Europa, como sí se veía España unánimemente.

⁴⁷ Vid. VENTURA, A.: «O papel das forças sociopolíticas na mudança democrática. O caso português». En Hipólito de la Torre (Coordinador): *Portugal y España en el cambio político (1958-1978)*, UNED, Mérida, págs. 233-234. Considera que hasta 1982, con la vuelta de los militares a los cuarteles, no se alcanza realmente la democracia representativa en Portugal.

⁴⁸ TELO, A. J. y TORRE, H. de la: *Portugal y España en los sistemas internacionales contemporáneos*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 2003, pág. 353.

⁴⁹ VILANOVA, M.: *Op. Cit.*, pág. 123.

